

La patria de mi patria, ¡oh Claustro! has sido :
Por ti mi asombro y mi respeto es tanto,
Que el afecto filial sólo ha venido
A desgranar ante tu faz mi canto.
El himno de tu homérica grandeza
Quede á las arpas de celestes sonos,
Que ellas canten tu honor y tu firmeza
Y la gloria inmortal de tus blasones.
La huella de mis horas juveniles
Busco en ti sólo, y el calor paterno :
Los busco en tus contornos y perfiles
Donde los guardas con cariño eterno.
Por eso, cuando lóbrego me pierdo
Lejos buscando mi ventura en vano,
Me alumbra como un astro tu recuerdo.
Porque en tu seno ayer quiso la suerte
Marcar en lo más íntimo que guardo
Lo que sólo se borra con la muerte.
Ese fuera mi canto. Reverente
Lo entonara postrándome á tu planta ;
Pero es aquel dogal que el alma siente
Delante de los íntimos despojos,
Que estrangula la voz en la garganta,
Y logra sólo humedecer los ojos....

1910

JOSÉ MANUEL SAAVEDRA GALINDO

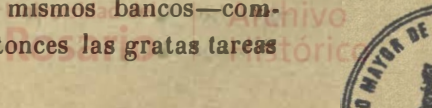
Sermon de Nuestra Señora del Rosario

*Venerant autem mihi omnia bona pariter cum
illa, et innumerabilis honestas per manus illius.*

Todos los bienes me vinieron juntamente con ella,
y he recibido por su medio innumerables riquezas.

(Del Libro de la Sabiduría, en el capítulo VI, verso 11)

Ayer no más—sentado en esos mismos bancos—compartía con mis condiscípulos de entonces las gratas tareas



escolares. Y hoy—al correr de unos pocos años no más—penetrando con la mirada del recuerdo en esos días felices, todo lo hallo distinto; y sin embargo el claustro se halla idéntico, siempre el mismo.

Por un esfuerzo de la voluntad torno al pasado, y de nuevo reconstruyo las inolvidables escenas de los años juveniles; otra vez desfilan en lenta procesión por mi memoria objetos y seres conocidos; paréceme escuchar la grave voz del maestro y el grato tañer de la campana matutina. Una vez más—gracias á esta dulce ficción del recuerdo—torno á postrarme ante el querido altar de la Bordadita, como en los años idos, y sin embargo todo se ha mudado en torno mío.

Verdad que para bien de la juventud cristiana ha permitido Dios que el antiguo Rector lleve aún el peso de este antiguo instituto; pero cuántas canas descubro con hondo pesar en sus cabellos, negros ayer! ¡Cuán distinta esa frente donde el dolor y el desengaño han dejado hondo surco! Mis amigos de entonces también dejaron ya los bendecidos claustros, y esparcidos á los cuatro vientos cumplen la misión que el cielo les confió. Unos, dados á las graves tareas del magisterio, cosechan ya la abundosa mies que sembraran pocos años há; otros, en lejano país, representan con orgullo el suelo que les vio nacer, el claustro á cuya sombra crecieron; éstos offician dignamente en el severo templo de la justicia; aquéllos defienden briosamente con el libro y la palabra el honor de su patria y sus ideales; quiénes, lejos del bullicio de la capital, se dieron á las honrosas labores agrícolas, y quiénes, finalmente, después de pelear como buenos las santas batallas del deber, duermen tranquilos á la sombra de la cruz ese sueño del cual no se despierta. Mis compañeros, á su turno, también me encontrarán mudado, pues aquél que ayer no más compartiera con ellos penas y goces, ilusiones y realidades, por el favor del cielo viste hoy la honrosa sotana de los levitas del Señor. Y fácil les será contemplarme, no como enantes, en el dulce

claustro, alegre y juvenil, pues las ilusiones pasaron y vino la grave realidad, mudándose el niño por el hombre, y éste por el humilde sacerdote, sino allá en mi modesta parroquia, cruzando á la luz incierta del crepúsculo el verde sendero que lleva á la lejana choza del labriego á fin de confortarle en su hora postrera con los graves y blandos consuelos de nuestra santa religión.

¿Pero por qué vive el colegio de esta suerte cuando todo en torno suyo perece y muere? ¿Por qué sus constituciones rigen hoy lo mismo que ayer, no obstante ser en Colombia cosa rara tal conservación, ya que vemos derrumbarse día por día nuestros más sólidos fundamentos, mudarse nuestros más arraigados principios, borrar-se nuestros más nobles ideales con la facilidad que á ello prestan los caracteres débiles, las pasiones mezquinas y talvez bastardas ambiciones? ¿Acaso con hondo pesar no hemos notado de unos años atrás cuántas mudanzas lamentables se han verificado, cuántas funestas transformaciones se han llevado á cabo en todo lo nuestro? Permitid, compañeros, que lo diga en alta voz desde esta cátedra consagrada por los más elocuentes oradores colombianos. El Colegio del Rosario vive de esta suerte porque se mantiene fiel á su espíritu tradicional; porque guarda intactas sus constituciones, sin más mudanza que el acomodarse á las exigencias de los tiempos; porque sus cimientos estriban en principios inmutables como la verdad y eternos como Dios, pues si así no fuera, ya se hubiera venido á tierra bajo la gloriosa pesadumbre de su misma grandeza. Su fuerza viene de lo alto, y por eso no perece jamás. Es susceptible de crecer y menguar, y de hecho, ¡cuántas veces no le han visto los años rico y floreciente, y, por el contrario, otras en ruina y decadencia! Esta piedra angular de la cultura colombiana podrá sentir los rudos ataques del error y la mentira; podrán los odios banderizos y la envidia rastrera hincar en su gloriosa longevidad su venenoso diente; podrán algunos hijos ingratos difamar su

nombre, levantarse contra él, lanzarle su inmundicia por medio del pasquín ó la calumnia, pero por sobre la grito de amotinadas turbas, por sobre el espíritu sectario se alzaré siempre majestuoso, porque él, á diferencia del error y la mentira, no vive la vida de los parásitos, sino la vida fecunda de la tradición y la verdad.

Las mudanzas que advierto, si prescindo de lo íntimo y personal, son más para regocijarme que para entristecerme; ¿y cómo nó, si el amor al colegio no es un amor egoísta? ¿Acaso al lado del antiguo claustro, testigo de tantas glorias, no se alza con los bríos de la juventud, el nuevo, como retoño fecundo del tronco secular? ¿Por ventura al lado de las antiguas cátedras de filosofía y artes, no se levantan aquellas en que se dictan por sabios profesores las graves lecciones de las ciencias jurídicas y sociales? ¿No señorea el patio principal la heroica figura del fundador que estrecha contra el pecho el libro de las constituciones, base y fundamento de la grandeza moral de este colegio, en tanto que con la diestra ampara y bendice á un tiempo mismo á sus amantes hijos? ¿No se escucha en las aulas la voz autorizada del maestro que expone á sus discípulos las novísimas teorías científicas en todos los departamentos del humano saber? ¿No es el mismo venerable Rector el hábil timonel de esta arca de salud?

Si hoy, saliendo del sepulcro, tornaran á este colegio los hijos de la colonia y los padres de la patria educados aquí, verían con sorpresa muchas hermosas mudanzas; echarían de menos también—fuerza es decirlo—el antiguo esplendor y las cuantiosas rentas que, arrebatadas en mala hora, se emplearon en otros usos, muy ajenos á la voluntad del Sr. Torres, pero no se sentirían extraños en el claustro que les vio nacer á la vida del espíritu, porque hoy como entonces se venera aquí lo que ellos veneraron; gobierna aquí el mismo espíritu de los mejores tiempos del claustro, y hallarían entre los actuales hijos del colegio la misma cristiana fraternidad, anhelos semejantes, parecidos ideales.

¿Y por qué no? ¿Acaso las constituciones, código de la sabiduría del siglo XVII, donde templaron sus almas los próceres; donde descubrieron el ideal político que los llevó al sacrificio; donde aprendieron las nociones de patria y libertad, no las hallarían ahora? Sí! y con ellas los nobles principios de libertad cristiana, de respeto á la autoridad legítima, de amor á lo tradicional. Hallarían al lado de las antiguas cátedras las modernas; el gusto por la antigüedad clásica, la misma estrecha unión entre los colegiales, el mismo espíritu—en fin—encarnado no obstante en los adelantos del siglo veinte. Hoy, como tres siglos há, Tomás de Aquino guía las disciplinas filosóficas, y la BORDADITA de Caldas, Girardot, D'Eluyar, Maza y mil más, reina allí desde su regio trono, ¿por qué, pues, habrían de sentirse extraños los hijos del colegio, si tornasen á él?

Hoy—como la vieja golondrina del recuerdo,—vuelvo al nativo alero: el altar de mi amada BORDADITA. El hielo de los primeros desengaños ha caído sobre mi plumaje juvenil, y aterido por el frío del olvido vengo á buscar calor aquí donde reina una eterna primavera. Vengo á refrescar la memoria de los tiempos pasados, memorando las dulces añoranzas de los primeros años; recuerdos talvez adormecidos, nunca muertos! Vengo á rendir público homenaje de cariño al restaurador del claustro; al que con tino y corazón de padre me abrió los horizontes del humano saber, llevándome de la mano hasta su fuente misma, modeló mi carácter y formó mi corazón para el bien y la virtud, á rendir pleito homenaje de amor y gratitud á María Santísima, que como tesorera de las gracias de Dios, me dio por sus manos todos los bienes hasta alcanzarme el más alto á que puede aspirar en esta tierra mezquina la flaqueza humana: el sacerdocio. Aquí sentí el primer llamamiento de la gracia; al calor de este claustro germinaron estos sentimientos, y aquí mismo, en esta capilla de grata recordación, delante de ese altar, á los pies de esa misma BORDADITA, tomé la resolución de abandonar el siglo y consagrarme á Dios.

Aquí fue mi cuna intelectual y donde abrí los ojos á la vida del espíritu. Y de aquí, finalmente, terminados mis estudios de humanidades, pasé al seminario, claustro no menos santo y querido que éste, mi segundo hogar.

No sé si saldré airoso con mi empresa, superior en mucho á mis fuerzas; mas de ello no me cuido. Quiero tan sólo honrar á María, por quien se nos dan todos los bienes, y de quien espero para mi patria, para mi colegio, para vosotros y para mí nuevos favores.

Socórreme, pues, oh dulce Bordadita !

Ave María

Hay en todas las lenguas y en todas las razas una palabra cuyo solo enunciado despierta en el alma los más dulces recuerdos; palabra que nos conforta en las horas de abatimiento y nos modera en medio del ardor de los placeres, y es la palabra *madre*. El niño la pronuncia con respeto; el joven la repite con amor; el hombre maduro la venera, y ya anciano, cuando la nieve de los años ha blanqueado sus cabellos, le alza en su alma un altar para tributarle el culto del recuerdo. Dios mismo santificó este nombre al dárselo á María, y la Iglesia lo hizo católico en el sentido absoluto de la palabra.

Por eso en las festividades de María exclama la Iglesia, transportada de júbilo: ¡ *Salve sancta parens* !, como si quisiera condensar en esta breve salutación lo que tiene de más grande en su infinita pequeñez el hombre. Es cierto que Dios Padre, y Jesucristo nuestro Redentor, y el Espíritu Paráclito, son de suyo bastante poderosos para comunicar sus dones inmediatamente al hombre sin intermedio alguno. Pero en los designios de la Sabiduría Infinita entró *ab eterno* la mediación de María Madre por razones de altísima compasión.

La grandeza infinita de Dios y la infinita pequeñez humana; la santidad de Dios y la malicia del pecador; la in-

teligencia divina y nuestra cegedad, son términos tan infinitamente opuestos, que se necesitaba, para poderlos reunir, un eslabón, un puente levadizo entre los dos extremos.

Y si bien es verdad que al hacerse el Verbo carne, como dice San Juan, salvó este abismo, juntó los extremos opuestos, ya que el hombre subió hasta Dios, en el Dios-hombre Jesucristo, es cierto también que aún le restaba al hombre la malicia del pecado, y por lo mismo, á lo menos en parte, subsiste la dificultad. El hombre culpado podría en su ceguera no vislumbrar la luz indeficiente; en su impotencia talvez pensara no poder alzarse á tamaña altura, y lejos de tornar á la vida, se internaría más y más por las espesas sombras de la muerte. La sangre de Cristo, derramada por él, y bastante, es verdad, á lavar todo pecado; su pasión y muerte, el juicio de Jesucristo, Supremo Juez, los mismos castigos eternos, así considerados, más le llevarían á la desesperación que al arrepentimiento; y solo, sin amparo, sin consuelo, rodaría de precipicio en precipicio, hasta dar en aquél del cual nadie se levanta jamás. Pero María, madre, y madre de amor, salva de nuevo la primera dificultad. Semejante á nosotros; particionera de nuestra misma naturaleza, hija de Adán, aunque privada de toda culpa, nos parece al mirarla tan de cerca como camino más fácil para ir á Dios; más seguro para levantarnos al cielo. Y estamos en lo cierto. El fulgor de sus miradas no tiene el centelleo de la divinidad, sino la suavidad acariciadora de la compasión; sus palabras no encierran amenazas sino perdón; su mano se alza para bendecir y no para castigar, y, sobre todo, su corazón de madre nos asegura la misericordia y el amor, pues es propio al corazón materno compadecerse más y ser más amoroso con sus hijos á medida que aquéllos son más desgraciados ó menos buenos. Nuestra misma miseria es causa de su amor, y nuestras culpas, de caridad inagotable, porque ella, á fuerza de amor y haciendo valer con Jesucristo su maternidad adoptiva por el hombre, gracia rubricada con sangre de un Dios en la cima del Calvario, se ha re-

servado la misericordia y el perdón, dejándole á Jesús la justicia y el castigo. Por ello su influencia benéfica se siente del uno al otro extremo del orbe, y jamás, como dice el dulce monje del Claraval, nadie ha dejado de recibir de manos de María el favor pedido, la merced solicitada.

Concebida por Dios desde toda eternidad, como templo de la Trinidad Augusta, apareció en el mundo como la blanca nubecilla que viera el profeta del Carmelo; y dilatando su gloria y sus virtudes por el mundo, como el suave crecer de la primera luz de la mañana, torna desde el cielo á la tierra en lluvia fecunda de bendiciones, después que, triunfadora de la muerte, sube al cielo.

Su influencia penetra hasta lo más recóndito de las conciencias; llega á las más apartadas comarcas; influye en la marcha de los pueblos y las naciones, siendo dondequiera salvaguardia de la sociedad, de la mujer y del hogar. Punto menos que difícil sería decir las glorias de María, narrar sus misericordias; tal empresa sería semejante á la de aquel que intentase vaciar en la cuenca de la mano la inmensidad del mar. Concebida por la inteligencia divina para Madre del Verbo; adornada con la plenitud de la gracia; exceptuada amorosamente de la culpa original, María se halla de tal modo colocada sobre la universalidad de los seres creados y posibles, que bien podemos decir con un santo Padre que casi, casi toca los linderos de la Divinidad; y al mismo tiempo colocada por la naturaleza humana tan cerca de nosotros, entre Dios y el hombre, entre la criatura y el Creador, que viene á ser la escala que soñó Jacob, por donde aquélla sube hasta Dios, y Dios mismo baja hasta el hombre.

Con razón, pues, la han apellidado los Padres de la Iglesia: "acueducto divino," dispensadora y tesorera de las gracias de Dios y la Iglesia; "consuelo de afligidos," "refugio de pecadores," si por sus manos nos han venido todos los bienes, así en el orden de la gracia, como en el de la naturaleza. Por María merecimos que Jesús nos volviese la

vida de la gracia; por ella nos conservamos en esta vía de salud. Ella salvó al mundo y continúa salvando los pueblos, las naciones, los individuos. Su aparición en el mundo fue el punto inicial de una nueva era para la humanidad; la aurora del día feliz en que Jesucristo, sol de justicia, alumbrando la noche del paganismo, había de disipar las sombras de muerte en que el pecado tenía envuelto el mundo.

Un día —funesto para la humanidad— nuestros primeros padres violaron el divino precepto; conculcaron la ley del Señor. Y desde aquel instante, el hombre, herido de muerte, se trocó de hijo de amor en objeto de odio, de señor en esclavo, de heredero del cielo en réprobo sempiterno. Para ellos, para sus hijos, habían pasado ya las promesas de ventura, y sólo podían esperar, después de cruzar este valle de lágrimas bajo el látigo del dolor, caer en las manos de un Dios justamente indignado. Tal era la situación del hombre luégo que la primera culpa rompió los lazos que ataban el Criador á la criatura.

Pero Dios, que es amor, y amor infinito, parece que no se conforma, permitid que lo diga así, con perder para siempre al hombre, su criatura predilecta, fruto de su amor y su bondad. Y para salvarlo se ofrece el Verbo en holocausto. Sabedor que las víctimas humanas y los sacrificios de los hombres no son bastantes á complacer al Padre y pagar la deuda contraída por el pecado, El mismo se ofrece como víctima, pagando así la deuda contraída no sólo de acuerdo con el rigor de la más estricta justicia, sino lo que es más, superabundando en méritos, pues su sangre, de valor infinito, por ser la del Hijo de Dios, logrará no sólo apagar el fuego del infierno y abrirnos el cielo con el perdón, sino formar un tesoro de reserva que más tarde entregará á su esposa, la Iglesia Católica.

Y en su amor compasivo lleva la humillación hasta revestirse de nuestra flaca naturaleza para que la causa de la culpa fuera también motivo de gloria y de perdón.

Dios fija entonces sus ojos en aquella criatura que, concebida por El desde el principio de los tiempos, era la mujer escogida para llevar en su seno á Aquel á quien los cielos mismos no pueden contener. Gabriel, el mensajero del Señor, viene á María; llega hasta su modesto retiro; reverente presenta su celestial mensaje y humilde y respetuoso espera la anhelada respuesta. Dios Padre aguarda esa palabra para otorgar el perdón; el Verbo está suspenso de ella para encarnar en aquel seno virginal y el Espíritu Divino sólo espera su asentimiento para derramar en ella la plenitud de sus dones. María, suspensa entre el temor y la sorpresa, vacila; parece que no acierta á comprender cómo será posible aquel prodigio, y en su amor á la virginidad vacila entre ésta y el dón de la augusta maternidad. Pero iluminada por el Amor, alcanza siquiera sea á entrever al través de las sombras del misterio, el sacrificio que se la exige para bién del hombre; barrunta, á lo menos, lo que aquello significa para la humanidad caída, y esperando redimir la deuda, al hacerse corredentora con su Hijo, pronuncia, libre y espontáneamente, ese *fiat* humilde que, rasgando los espacios, llega al cielo y produce la obra sublime de la encarnación del Verbo, punto inicial de la salud del universo en orden á la gracia; *fiat* cuyo eco sonoro resuena aún al través de las edades, trocado en bienes fecundos para el hombre.

En aquel mismo instante el Verbo, sin dejar de ser Dios, se hace hombre: Dios perdona el pecado. María toca el ápice de la grandeza humana, y el hombre, antes desterrado del cielo, torna á ser partícipio de la herencia celestial. María quebranta la cabeza de la serpiente infernal y entra por ella vida al mundo, como un día entrara por Eva la muerte. Con Jesucristo, redime el humano linaje, y por sus manos brinda al mundo todos los bienes, pues engendrados por ella á la vida de la gracia, en la cima del Calvario, podemos gozar un día de los eternos goces.

Pero no paran aquí sus amorosas finezas. No contenta con esto, quiere regenerarnos también en el orden moral, y

ella, que es, al decir de algún santo Padre, la *Omnipotencia suplicante*, realiza también su piadoso intento.

Tornad un momento los ojos sobre los pueblos que viven allende el Calvario: ¿qué echáis de ver? Pueblos que se suceden unos en pos de otros como las ondas de revuelto mar; razas que cruzan por la tierra sin dejar más que ligera huella de su paso en piedras perecederas como aquellas. Un desfile de hombres que bajo el peso del dolor van haciendo su viaje terrenal; sociedades envilecidas y degeneradas por los vicios y la molicie. Penetrad algo más: buscad allí ese santuario modesto pero santo que el cristianismo llama hogar, y de seguro..... no lo encontraréis, pues donde no reina Cristo no es la mujer compañera del hombre, señora del hogar, madre de sus hijos, sino mercancía más ó menos lujosa que alcanza el oro en el mercado público.

En esos pueblos y en aquellos tiempos—así lo enseña la historia—era la mujer esclava sumisa pronta á obedecer los caprichos de un amo déspota; envilecida y degradada, sólo aspiraba á satisfacer la voluntad de su tirano. Jamás el hombre entonces soñó siquiera llegarse jamás á sus plantas, llevado del respeto, ni su mano se alzó nunca para bendecir el fruto de su amor; relegada del mundo del amor cristiano, sólo supo cumplir la ley que la naturaleza le impusiera.

Pero al aparecer sobre la tierra esa mujer sin mancha, María, ¿qué distinta fue entonces su suerte! Engrandecida por la fe; elevada á inmensa altura por el matrimonio cristiano, fue entonces compañera y no sierva, señora y no esclava. El hombre vino á ella para servir de sostén á su debilidad, y los hijos corrieron á postrarse de rodillas delante de ella, para recibir de sus manos esa bendición que atrae las del cielo junto con la misericordia y el perdón. Desde entonces hubo hogar y fue el santuario de los más puros afectos; templo donde el hombre adora á Dios desde el primer vagido de la cuna hasta el postrer suspiro de

la existencia. Asilo inviolable donde se refugia el hombre en las horas amargas de la vida; adonde sólo llegan extinguidos los rumores de las humanas pasiones; porque allí vive Dios y reina Jesucristo.

Si Eva humilló la mujer en su persona, María la glorificó en la suya, ciñendo, además, regia corona sobre las frentes maternas. Corona que, si bien es verdad, está tejida en parte, no pocas veces, con punzadoras espinas, deja no obstante sobre las frentes puras, brillantes cicatrices, precursoras de gloria. Y también estos bienes nos vinieron por María. Ahora: si del hogar cristiano pasamos á los pueblos y á las naciones, echaremos de ver cuánto han influido en su formación el hogar y la mujer, pues aquél es el taller donde la madre, artista del corazón humano, modela los caracteres, temple las almas, forma los hombres que, más ó menos tarde, irán á formar como ciudadanos esos pueblos, y á dirigir como gobernantes esas naciones. Y por medio de las madres, nuestra Madre del cielo ejerce también, aunque indirectamente, poderosa influencia en el orden social y político de las naciones. Sin madres como las colombianas de hace un siglo, no tendríamos patria independiente, ni libertad, ni honor. Aquellas espartanas de los Andes formaron al calor de sus cristianos hogares esos hombres heroicos que han cansado los oídos de la fama con el relato cuasi-mítico de sus hazañas. Ellas templaron en esa fragua sus almas ardientes, modelaron sus caracteres desde que, niñas aún, reclinadas en el regazo maternal, balbucían con los de sus madres el dulce nombre de María.

Si no temiera cansaros, os diría cómo también Ella ha salvado directamente los pueblos, y cómo por sus manos han recibido todos los bienes, perdiéndolos cuando, ingratos, se han apartado de ella como hijos rebeldes y descastados.

La historia de algunas naciones contemporáneas—más que mi humilde y desautorizada voz,—os lo podrá decir elocuentemente.

Y lo que llevo dicho del orden social y político, es aplicable, y más aún, en el orden religioso. Pues vencedora del

error y la herejía, pasa al través de las edades *brillante como el sol, hermosa como la luna, fuerte como un ejército dispuesto en orden de batalla. Ella es la torre de la cual penden mil escudos*, y ay! del que sea osado á empañar sus glorias, porque aterrado caerá bajo el pie que supo un día quebrantar la cabeza del dragón.

Venció en Efeso, donde fue aclamada Madre de Dios, en una de las mayores y más importantes asambleas que haya visto la cristiandad; destruyó con Domingo de Guzmán el poder de los bélicos albigenses; triunfó en Lepanto sobre la Media Luna, derrotó al turco bajo las murallas de Viena, echó de España la morisma, y de triunfo en triunfo ha llegado gloriosa hasta nuestros días, después que el inmortal Pío IX—de santa memoria—la engrandeció más aún, declarando dogma de fe católica el privilegio excepcional de su Concepción Inmaculada, á la faz del orbe entero en la basílica de San Pedro y delante de inmenso concurso de prelados, sacerdotes y fieles venidos de las más apartadas regiones de la tierra. María regeneró también el orden religioso, y su influencia, como los estremecimientos de un mar agitado, penetró hasta los pliegues más recónditos de la humanidad para renovarla y engrandecerla.

Y para terminar, decidme, ¿á qué debe este claustro su venerable longevidad? ¿Acaso al querer de los hombres? ¡No! la voluntad humana no puede luchar contra los ataques del tiempo, pues sabemos, por propia y dolorosa experiencia, cómo pasa y se pierde en la noche del olvido aquello mismo que quisiéramos hacer eterno. ¿Al cuidado en conservarlo? Tampoco. Lejos de habernos esforzado siempre en ello, hemos contribuido más ó menos á su ruina, y muchos recordarán aún cómo de morada de las ciencias se ha trocado en prisión política ó cuartel de beligerantes! ¿Al respeto dado á la voluntad del fundador? Menos aún. Excusadme una vez más, pero tengo que decir que ella ha sido desobedecida, por no decir violentada no po-

cas veces, recurriendo para ello hasta á los más absurdos sofismas y á los argumentos de hecho. ¡Que hablen ellos! Todos los bienes que ha recibido le vienen de Dios, por manos de la Bordadita, que á manera de escudo pára todos los golpes que le disparan el tiempo, la incuria, no pocas veces, y sobre todo la envidia y la ruindad.

Lo dicho basta para demostrar mi aserto: que todos los bienes nos vienen por María. Y como último argumento apelo á vuestra propia experiencia. ¿No es Ella quien ha endulzado las horas de vuestra existencia desde la cuna hasta el presente? ¿No veló Ella vuestros sueños infantiles en la cuna? ¿No ha sido el consuelo de vuestros hogares en horas de angustia ó de pesar? ¡Sí! Yo sé que Ella ha consolado vuestras tristezas, enjugado vuestras lágrimas, cicatrizado en vuestras almas las heridas que el desengaño ha abierto allí. Ella tiene, para todos vosotros, voces de aliento en las horas de lucha, y miradas de misericordia en vuestros extravíos. Por Ella soportáis el peso de las humanas flaquezas y el acicate del dolor, y por Ella, vosotros y yo esperamos ser dichosos en día talvez no lejano, después que Ella misma, Madre de amor, cierre piadosamente nuestros ojos en la paz del Señor.

JORGE ARTURO DELGADO

Presbítero

Octubre 9 de 1910.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico